

María, centro personal de la Iglesia

“La oración contemplativa”. Hans Urs von Balthasar. Capítulo III

La Iglesia abre y guía a las inmensidades abiertas de Dios. Su dirección es reconocidamente necesaria cuando Dios lleva al orante por los caminos de la mística, o sea, cuando el orante pisa precisamente los caminos más personales, por los que en rarísimos casos pueden seguirle el confesor o el director espiritual. Pero si es cierto (como lo hemos dicho ya) que la oración mística no es sino una conciencia experiencial del único misterio de la fe que el orante común vive bajo el velo de la fe -pues en la Iglesia todo bautizado, en cualquier grado de desarrollo personal, comparte el intimísimo misterio de las bodas del Esposo y de la Esposa-, no es menos cierto que en el contemplativo de fe sencilla está presente y trabaja incesantemente la Esposa como guía que dirige y consagra. Los misterios son del contemplativo porque previamente lo son de la Iglesia; puede el contemplativo entenderlos en la fe y aceptarlos, porque de antemano los acogió la Iglesia con su disposición de oyente receptora y los entendió.

Pero también hay que decir otra cosa. La Iglesia que sale al encuentro de la Palabra de Dios es la esposa una y única. Está, por tanto, esencialmente sola. Como Iglesia sólo conoce un tú: Dios. En su diálogo no hay ningún otro interlocutor, la humanidad incrédula por ejemplo. Sobre ésta puede hablarse, pero ésta no puede hablar. La exclusividad elevada por encima de todo, en que se realiza el encuentro de la Esposa y del Esposo, es la revelación de la soledad de Dios. Lo incomparable del Ser divino, que arroba en el infinito por encima de todo lo múltiple (que siempre tiene una base común e implica comparación), se muestra al exterior en la elección exclusivista del amor. El amor ni se reparte ni se desparrama. «Una es mi paloma, es huerto cerrado, fuente sellada» (Cant. 6, 11; 4, 12). Esposa de Cristo sólo hay una y en ella han de estar todos y cada uno de los que quieran compartir el misterio de ser amados por Dios. Quien ha sido elegido por este amor, está en la Esposa como una «parte» de ella o, mejor, como una personificación de ella, de suerte que su misterio único resplandece en el hondón de las almas elegidas, agraciadas, creyentes y amantes y adquiere una verdad cada vez más luminosa. Porque la Iglesia no es una persona más entre otras, como tampoco es una institución puramente suprapersonal, lo que queda cuando se hace abstracción de la comunidad humana de las personas: el marco, los estatutos y usanzas. La Iglesia no es tampoco una especie de corriente vital impersonal, que desde las raíces sube a las ramas; la comparación de la vida orgánica subhumana refleja a lo más un aspecto y no el más importante de la unidad eclesial. La Iglesia es una unidad vital, que brota por la enajenación de la

Vida-Espíritu única de Dios sobre, en y de las personas particulares en ella integradas, una vida que ni limita ni impide la unicidad y peculiaridad creadas de estas personas, antes por el contrario las abre y las consume graciosamente en la unicidad incomparable de Dios. A todo aquel que encuentra a Dios en la fe y en el amor, prende desde la Palabra la centella de la unicidad divina, y en esta centella se transforma en miembro particular de la única Esposa, la Iglesia. No hay en el orden natural ninguna analogía sólida que nos esclarezca este misterio. Hay que vivirlo y conocerlo, viviendo la vida eclesial en la persona y la existencia personal en la Iglesia.

El orante eclesial sabe que para que su oración sea fructífera necesita de la soledad exterior. La necesita por razones psicológicas generales, para entrar en la quietud de la reflexión, para «recogerse» de una distracción y aturdimiento casi incurable en nuestros tiempos por la provocación del mundo. Nuestro propio cuarto nos depara el mejor sosiego, pues nadie nos molesta en él ni nos impide tomar posturas y hacer gestos de oración, que mejor nos van, por ejemplo arrodillarse en el suelo o extender los brazos. Cuando no se dispone del cuarto solitario, la mejor soledad y más eficiente sosiego puede encontrarse en un lugar del templo, donde no se celebra ningún culto divino. Sólo en caso de necesidad habría que escoger un cuarto donde se está con otros o puede ser uno molestado por otros, salvo que se estuviera tan acostumbrado a unas personas determinadas que su callada presencia no perturbe nada la atención del orante.

Más importante que el lugar solitario es la conciencia interior de la soledad, y precisamente de la soledad eclesial de la que acabamos de hablar, donde en modo alguno se trata de la extinción, difuminación o inmersión del individuo en una Verdad Universal, en una Vida Universal, en un Ser Universal -como si en esto estuviera la redención-, sino de la atenta presencia del individuo entero al servicio amante del Misterio, que supera su naturaleza, del encuentro de Cristo y de la Iglesia. Hoy es la insoslayable soledad de mi yo ante Dios el lugar donde este encuentro debe realizarse. Esta vez, Dios en su revelación no se refiere a un alguien, sino a mí. El rayo de su elección amorosa recae sobre mí. Por mí nació Cristo. Por mí murió en la cruz. Para prepararme una mansión subió a los cielos y volverá en gloria a buscarme a mí. Todo tiene que tomar la extrema concreción y actualidad de este momento (siempre) único, haciendo desvanecer de la conciencia el menor atisbo de que yo no soy más que uno entre tanta comparsa que corre y que quizá correría tan bien o mejor sin mí. «Tú eres el hombre», dice el profeta a David y le señala con el dedo. La Palabra de Dios, en su solitaria gloria en medio de la burbujeante historia humana, vuelve a mí su rostro irradiante por la contemplación del Padre y me habla a mí. Como en todo amor personal humano, y más todavía que en él, estoy sin velos y tras nada puedo ocultarme; cada vez es la primera y única vez, y el sí del amor lleva el frescor del día de la creación. Los hombres se ríen de la ilusión de los enamorados, ven en la unicidad de su caso una treta de la naturaleza, se han habituado al amor. En el amor a Dios no se permiten hábitos, porque el amor de Dios no es un rodeo de la naturaleza para lograr sus fines, sino el camino directo entre el Dios único y su criatura

interpelada de modo único. La gracia tiene el poder de devolver a quien seriamente lo quiere, en cada momento de su vida y trato con Dios, la lozanía y el frescor del primer amor.

El hombre, que se sabe llamado, tiene que osar desempeñar el «papel» de la Iglesia (a esto llamaban los Santos Padres: «personam gerere Ecclesiae»). Como él nunca puede ser la Persona de la Iglesia, tiene que concienciarse de que sólo le toca prestar un servicio representativo. El no es más que el criado, la sierva; sólo la Iglesia es «esposa» y «señora». Y si la Iglesia misma se designa sierva del Señor, la servidumbre del individuo será doblemente inferior en grado. Sin embargo, hay que prestar a esta distancia el servicio: actuar con la propia persona por la «persona» de la Iglesia, como sierva y siervo que se es, para entrar en el papel de la Esposa. Y el señor en su gracia, yo diría en su ceguera, pasa por alto la diferencia, se deja «engañar», toma al arrojado en el suelo como si le correspondiese el trono de la «única Paloma», de la «Esposa sin mancha ni arruga». Y forma parte del servicio perfecto del indigno servidor ser del beneplácito del Rey. No adornándose exteriormente y recomendándose con dengues y melindres, que aquí no hacen al caso. Tampoco agitándose interiormente y pretendiendo saber más y mejor que el Señor, sino dejándole elegir con profunda reverencia y temor. «Hágase en mí según tu palabra» es la respuesta de la «Sierva» constituida en Iglesia y predestinada ciertamente a ello desde toda la eternidad. El arrobamiento de repente en el pecho de Dios, la catarata de gracia que se vierte como sin sentido sobre los que no están preparados, la tremenda soledad en que se ve la así enaltecida, elegida para Esposa, sin apoyos, sin analogías, sin puntos de comparación, el destino absolutamente único de ser madre del Dios eterno y en esta exposición ante cielos y tierra tener que responder por ambos y por todos sus habitantes con la conciencia de la indivisible y libremente asumida responsabilidad: es lo que hay que aguantar en la contemplación. Quizá sólo durante un momento relampagueante, que por milagro no es mortal. Así estaba María sola y nadie podía ayudarla. Porque era el prototipo de la Iglesia. Algo de esto tiene que experimentar todo contemplativo, una vez siquiera cuando jura fidelidad a la Palabra de Dios y una sumisión incondicional. Pero también quizá más veces, porque el Esposo se inclina siempre sobre la Esposa como por vez primera. Entonces, luego, en un segundo momento, viene la indicación a la Iglesia: «Mira, también tu prima Isabel». En la Iglesia no hay soledad sin comunidad, sin corazón, sin amor. Dios lleva a los solitarios unos a otros, de formas muy variadas, en la oración misma y en el apostolado, en la vida diaria, en la liturgia, en el puesto de trabajo, en la familia, en la amistad y en los encuentros pasajeros, que pueden comunicar fuerzas para años. Dirige a los solitarios unos a otros, pues llevan todos en su existencia la imagen de la Virgen-Madre Iglesia y en ella se reconocen. Están insertados en la Esposa, llevan en su vida el sello del Esposo. La Iglesia no está junto a ellos, está en ellos.